

*A mi tío abuelo, Ángel Fernández, “Angelete” novillero,  
tú me defendiste con el capote y la muleta.*

*A mi bisabuelo, Enrique Vivó quilis,  
gracias yayo, tú me cubriste de flores.*





## LLORANDO

---

Emprendemos un viaje tristemente inolvidable. Sentada en la parte trasera del coche, detrás de mi hija sita en el asiento del copiloto por esa tendencia al mareo que yo también padecí desde muy niña.

Detrás de mi marido va sentada mi madre. La mujer que me trajo al mundo sostiene entre sus brazos la urna que contiene las cenizas del amor de su vida, mi padre. La mirada de mi progenitora es espejo de un aluvión de sentimientos, causa de una montaña de recuerdos, vivencias, momentos....

Entre las dos, mi hijo. Los brazos de mi primogénito rodean mis hombros y los de su yaya ofreciendo un imposible consuelo ante la pérdida sufrida, que es muy grande.

Nuestro destino es Villargordo del Cabriel. Esta preciosa localidad del secano valenciano donde nació mi progenitora, fue el sitio elegido por el hombre que me dió vida para el descanso eterno de sus restos, per secula seculorum.

Ya en La Avenida del Cid, el tráfico es muy intenso, los semáforos nos obligan a parar en más de una ocasión y, un conductor, adelanta nuestro coche sin guardar la debida distancia de seguridad ante lo cual, mi marido toca el claxon del vehículo encolerizado.

Simulo el sueño intentando evadirme de lo que está aconteciendo e inevitablemente, me sumerjo en un océano pleno de olas de lamento. Lo que he vivido en los últimos días está lleno de penas, no existen alegrías. Repentinamente dos lágrimas brotan de mis ojos. ¡El negro ha irrumpido en mi vida! Y, al recordar, es preciso este acto reflejo, espejo de honda tristeza.

Hace menos de un mes de tan fatídica jornada. ¡Y me levanté muy contenta aquella mañana! Era mi aniversario de bodas. El despertador sonó e irrumpió en nuestro lecho, un huracán de besos y palabras de afecto.

¡21 años juntos! ¡Vida en común! José Javier y yo nos convertimos en una sola persona con la bendición de Dios. Ambos cultivamos el naranjo del amor que, agradecido dio su fruto. Las clementinas más dulces, nuestros hijos, Sento y Cristina.

Al llegar la tarde en el comedor de mi hogar los cuatro viajamos años atrás. Al 24 de mayo de 1997.

Aclaraciones de mi marido y mías solventaron dudas que cruzaban por la mente de nuestros hijos al escuchar recuerdos, anécdotas.... Y, ratificamos rotundamente las respuestas pues, las fotografías corrían de mano en mano.

El tiempo transcurre rápidamente cuando lo estás pasando bien y, al mirar el reloj me di cuenta, era hora de levantarse a preparar la cena.

En la cocina seguí escuchándolos, disfrutando, gozando.... Hice la tortilla de patatas envuelta en sonrisas. Al volver al comedor les dije:

—¡Va, ayudadme a preparar la mesa!

Jose atormentó a Cris diciendo las palabras:

—Ahora tengo que poner la mesa, mmmmm.... ¡Voy a cambiar a la mamá por la secretaria!

Escuché unos gritos, mi hija entró en la cocina muy enfadada y, a diferencia de su padre que la seguía sonriendo satíricamente al darse cuenta de que había conseguido enrabiatarla, el rostro de mi pequeña mostraba verdadero enojo.

—¡Mamá mamá! ¡El papá dice que te va a cambiar por la secretaria!

Y nunca jamás olvidaré aquello, le contesté entre sonrisas satíricas, mirando a los ojos de mi esposo simulando el enfado:

—No pasa nada hija, ahora llamo al yayo Sento, le digo que saque la escopeta de cazar y verás.

Cogí el móvil marcando el número de mi padre que descolgó, transcurridos unos segundos. El, ¡Hija mía! Que escuché me desgarró el alma. Enseguida me di cuenta, algo no iba bien.

—¿Qué pasa papá? No tienes buena voz.

—Me encuentro muy hinchado, acabo de vomitar sangre, no estoy bien.

Yo padecí un derrame cerebral hace cinco años, del cual estoy, Gracias al Señor recuperada, pero me dejó algo de epilepsia como efecto secundario.

—Papá, me he tomado los antiepilépticos, pero no los calmantes. ¿Quieres que vaya?

—No Ali, la mamá ha llamado al médico de urgencias, esperaremos a que venga y nos aconseje.

—Por favor, mantenedme informada.

Al despertar la mañana siguiente mirar la pantalla del móvil fue para mí, un acto reflejo.

Nos quedamos ingresados, estaba escrito.

Rápidamente me arreglé y salí para el hospital. Al llegar al Clínico pude estar unos minutos con mi padre, antes de que llegaran los médicos. Los facultativos lo sometieron a un exhaustivo examen; tras el cual nos hicieron ver que la situación era muy compleja. Los doctores contestaron las preguntas formuladas por mi madre y por mí e incluso, su rostro reflejaba la gravedad del estado de salud del enfermo.

Lo trasladamos a La UVI, adolece de varios males, la situación es complicada. Besé a mi padre antes de entrar en el ascensor que lo llevaba a La Unidad de Vigilancia Intensiva y, él se percató del tacto mis labios en su mejilla:

—Hija, hija..... —fueron sus palabras.

El declive fue a más. Gracias a Dios no volví a ver a mi padre despierto. No padeció y eso me consuela. Tres días más tarde Dios Padre lo llamó a su lado.

Las lágrimas ahogan mi retina y abro los ojos. El secano brota ya en esplendor, estamos en Buñol. Esa localidad de trabajadores natos donde vió por primera vez la luz del día, Librado Pastor. Es un hombre de valores que, en la vertiente que sea no simula el querer. Estos días sus mensajes me cubren de cariño y ánimo, como buen amigo mío es consciente de mi malestar. Al pasar al lado de la antigua fábrica de cemento, viene a mis pensamientos, “Mi Buñol querido”. Librado es un gran pianista y compositor, de su mente, su esfuerzo y corazón brotó esta preciosa pieza, honrando la cuna que lo arrulló.

El interior de Valencia es tierra de grandes músicos, miman el lenguaje más selecto, lo trasladan de abuelos a nietos. El padre de mi